

Béjar, Serafín. *Cristología y donación. Ha aparecido la gracia de Dios*. Maliaño: Sal Terrae, 2024, 383 pp. ISBN: 978-84-293-3194-3.

No es frecuente encontrar en el panorama español obras teológicas de fondo, que unan conocimiento, argumentación y prospectiva. Pues bien, estamos ante una de ellas. El profesor Béjar nos ofrece un primer volumen a medio camino entre el manual y el ensayo de cristología. La obra refleja una organización que sólo se adquiere después de años de docencia, pues se distinguen en ella claramente los nudos de las cuestiones fundamentales y la discusión histórica en torno a ellas, y esto de manera sistemática y clara. Por otra parte, el autor no se deja subsumir por los hechos brutos y las ideas inmediatas, sino que sabe llevar la mirada hacia una profundidad que solo da la contemplación atenta de la realidad y la revelación. En este sentido, el comienzo del epílogo es clarificador. En él se comenta una escena, que muy pocos resistirían por su lentitud filmica, de la que entresaca un ejemplo consumado de su tesis, la donación de la verdad teológica en la donación de la carne, dejando al lector con la sensación de que sólo en la contemplación del crucificado se alcanza el último grado de la cristología. Es este un claro ejemplo de que el autor no se deja fascinar, incluso ofreciendo una obra claramente académica en la que el hecho histórico concreto y la argumentación conceptual tienen su lugar central, por la estrechez que pueden generar cuando se toman como marcos únicos y últimos de la cristología sin abrirse *ad rem*.

Como decimos, la obra tiene una clara estructura de manual cristológico al uso. Primero se afrontan los dos problemas fundamentales de la cristología actual, a saber, los que ha provocado el historicismo y la cultura secularizante, cara y cruz de la misma moneda. ¿Quién fue Jesús?, ¿fue algo más que un hecho puntual y relativo de la historia? Y, si no lo es como afirma la fe cristiana, ¿hasta qué punto él mismo fue consciente de ofrecer este plus de significado y verdad absoluta de parte de Dios? La obra sobrepasa claramente las cristologías reducidas a la narración de los hechos de la vida de Jesús en su dimensión proexistente y su muerte como consecuencia de un conflicto religioso-político, presas de unos presupuestos modernos que concentran al sujeto en su propia autoconstitución y remitido a la inmanencia histórica. Para el autor es necesario reunir “hecho, sentido y verdad”, es decir, realidad histórica concreta, relevancia antropológica y universalización o componente teológico que la historia misma no puede dar sin más. El autor propone una cristología implícita no encerrada en un marco exterior al mismo decirse del texto.

Así recorre el ministerio de Jesús en sus tópicos fundamentales (palabras y obras), su relación con Dios y su conciencia filial, la muerte, la resurrección, para terminar con una aproximación a la salvación ofrecida y al desarrollo dogmático de la fe cristológica. En este desarrollo, no queda ningún tema importante por tratar. Además, en todos ellos se muestra el conocimiento y su apoyo en algunas de las mejores reflexiones cristológicas contemporáneas (Kasper, González de Cardedal, González Faus, Forte, Ratzinger, Moingt...).

Sin embargo, lo que parecería un simple manual, ya desde el principio posee una perspectiva que se explicita temáticamente de continuo y que es la principal novedad y riqueza de la obra. Se trata de la incorporación de la fenomenológica de la donación de Jean-Luc Marion desde la que desarrolla o con la que contrasta de continuo su argumentación. En este sentido, la obra fluctúa en utilizar la fenomenología como estructura conceptual, como contraste argumental o mostrarla como efecto filosófico de la misma revelación cristiana (p. 270). En cualquier caso, es importante resaltar que la fenomenología de Marion es utilizada críticamente, sin someter la revelación a su forma, sino utilizándola como marco que ayuda a mostrar el fondo y la universalidad del acontecimiento cristológico. Es de lamentar que, por momentos, desaparezca como sucede, por ejemplo, en los dos últimos capítulos dedicados a la libertad y al poder, donde hubiera podido dar más de sí.

El autor ha manifestado en múltiples ocasiones la necesidad de repensar la mediación filosófica de la cristología, ya que esta provee a la argumentación cristológica de un instrumental y un contraste necesario para realizar una argumentación razonable y culturalmente relevante. No es Marion el único filósofo que aparece, pero él es el referente principal. En esta fenomenología de la donación, Cristo en su humanidad aparece como verdadero *fenómeno saturado* radical donde se manifestaría a la vez la verdad de lo creado y la de la divinidad (sin mezcla ni separación), pues es en él donde se revela la donación originaria y permanente del Padre que lo constituye como dado (a sí mismo) sin separarlo de sí, y esto en la carne. El Espíritu aparece -es su propuesta- como aquel que abre el “tiempo manifestativo” y, por tanto, la posibilidad de acceder a la vida dada en su verdad última mostrada en Cristo (p. 210). Así pues, esta mediación filosófica posibilita pensar la cristología en su estructura trinitaria y, además, le dota de una argumentación en la que la revelación no queda sometida como un hecho dominable (verdad poseída), sino que se manifiesta como el acontecimiento donde se ofrece el

misterio fundante, constituyente de la realidad, dado y, a la vez, libre e inmanipulable.

Por otra parte, el otro tema transversal, que sirve de contrapunto al de la donación, es el tratamiento filosófico (y quizá con un *background* psicológico que parece presuponerse y podría haberse desarrollado) de la deuda como verdadero pecado original del que somos rescatados, aunque esta identificación nunca aparezca en el texto. El autor afirma, reuniendo estos dos mundos: “A Cristo le costó su vida sacarnos de la esclavitud de la deuda para llevarnos a nuestra verdadera patria, que es la donación” (p. 258; tb. 77).

Esta doble perspectiva lleva al autor a configurar una cristología descendente. Frente a la propuesta totalizante de la modernidad que ha hecho del ser humano un sujeto *constituyente* donde todo queda remitido a su acción, algo que ha configurado también las cristologías, el autor se decanta por una cristología que define al ser humano como sujeto *constituido* por la donación y la revelación, dimensiones ambas del mismo acontecimiento (p. 139). Este giro cristológico se percibe en los autores citados en los momentos más propios de la argumentación, en especial Ratzinger. Así pues, esta cristología tiene un claro componente contracultural pues en ella la vida se define no fundamentalmente desde el peso de la responsabilidad y la acción, sino desde la gratitud y la confianza, sin que estas hagan desaparecer las anteriores. Al contrario, las acoge sin el peso de la presión opresiva y de tendencia totalitaria del tener que hacernos por nosotros mismos en una historia que nunca nos deja culminar los proyectos personales, ni los sociales. La poesía de Claudio Rodríguez con la que inaugura su reflexión ya apunta en esta dirección descendente: “Siempre la claridad viene del cielo / es un don...”.

Quizá pudiera decirse que la relación con la modernidad, al realizarse a partir de la fenomenología del don y desde los efectos secundarios que ha comportado, haga que no se valore lo suficiente incluso como perspectiva necesaria a tener en cuenta. Un subrayado excesivo del ser humano como ser *constituido* y no *constituyente* tendría otros efectos secundarios igual de perversos. En el concepto de persona que propone se percibe esta limitación: “Aquel que, habiéndose recibido de Otro, vive en el total abandono de sí” (p. 312). No sabemos si es del todo adecuada la interpretación absolutamente negativa de la deuda, quizá demasiado parcial, al no dejar apenas espacio para pensarla dentro del marco de una donación no solo constituyente sino identificadora, como el mismo autor por otra parte apunta. Por último, quizá pudiera extenderse la comprensión del Espíritu no solo como generador del “tiempo manifestativo”, sino igualmente participativo en el

don de una revelación que define haciendo participar en lo revelado. Esto llevaría a profundizar no solo la dimensión de universalidad del “adonado”, sino de consumación de toda carne en él.

En cualquier caso y más allá de toda posible matización, queremos dejar constancia de nuestra amplia valoración y de la espera del volumen continuación que anuncia.

Francisco García Martínez  
*Universidad Pontificia de Salamanca*